

JACINTO BENAVENTE

**ROSAS DE OTOÑO**



*Rosas de otoño* es una obra de teatro del dramaturgo español Jacinto Benavente estrenada el 13 de abril de 1905. La pieza narra las peripecias de Isabel, segunda esposa de Gonzalo, al constatar que su marido ha puesto los ojos en otra mujer, llamada Josefina. Ésta última es además objeto de atención de Pepe, a su vez, marido de María Antonia, hija del primer matrimonio de Gonzalo. Gonzalo, viejo, Don Juan al que ya se le fue el tiempo, paga lujos y saraos a Josefina, mujer con pasado y al marido de Josefina lo coloca en su firma comercial para que haga la vista gorda; finalmente se impone el sentido común y las abnegadas Isabel y María Antonia mantienen sus respectivos matrimonios, pese a la vida de infidelidades que sus respectivos maridos las han hecho pasar y aún las harán sufrir.

## PERSONAJES

ISABEL.

MARÍA ANTONIA.

CARMEN.

LAURA.

JOSEFINA.

LUISA.

GONZALO.

PEPE.

RAMÓN.

MANUEL.

ADOLFO.

Un CRIADO.

## ACTO PRIMERO

Gabinete elegante

### ESCENA PRIMERA

GONZALO y un CRIADO; después, ISABEL

GONZALO. (Al CRIADO,) A las siete lleva usted la ropa al Casino, y si ha venido alguna carta...

ISABEL. ¿Vas a salir? ¿Volverás pronto?

GONZALO. ¿Por qué?

ISABEL. ¡Qué memoria! ¿No recuerdas que hoy comen aquí María Antonia, Pepe y amigos?...

GONZALO. Es verdad. No me acordaba.

ISABEL. ¿Pensabas comer fuera de casa?

GONZALO. Sí, en el Casino, con Aguirre y con un socio suyo, para tratar de esos negocios de Bilbao. Pondré dos letras. (Al CRIADO.) Espere, usted. (Se sienta a escribir.)

ISABEL. ¿Te contraría?

GONZALO. No. Siento no haberme acordado antes... Y que hoy no estoy de humor para recibir gente...

ISABEL. Casi toda es de confianza.

GONZALO. ¿Quién viene?

ISABEL. Además de María Antonia y Pepe, Laura, Ramón y Carmen con la chica; Manolo Arenales, y, de más

cumplido, los recién casados, el hijo de tu correspondiente y su mujer. En su obsequio es la comida. Pero ¡qué memoria la tuya!

GONZALO. ¡Ah, sí..., el matrimonio joven!... ¡Cuánto lo siento!

ISABEL. Pues disimula el mal humor, porque los primeros días te desviviste por obsequiarlos, y extrañarán el cambio tan brusco. A mí no me son nada simpáticos; él parece tonto, y ella... ¡qué sé yo! Muy atrevida...; por hacernos ver que domina el castellano, se expresa en unos términos...

GONZALO. ¿Puedes callarte? Me has equivocado dos veces.

ISABEL. ¡Ay! Perdona. ¿Por qué no lo has dicho antes?

GONZALO. (Al CRIADO.) Esta carta, al Casino. Y no lleve usted la ropa; prepáremela usted en mi cuarto. (Sale el CRIADO.) ¿Y a qué hora es la comida?

ISABEL. Para las siete y media, media hora antes que de costumbre; también en obsequio a los de París; como allí se come temprano... Arenales se descolgará a las nueve, y la francesa tendrá motivo para decir que aquí estamos muy mal educados.

GONZALO. ¿Quién es la francesa?

ISABEL. La mujer de ese muchacho. ¡Qué pregunta!

GONZALO. Como no es francesa... Eso sí que es de mala educación, poner motes a la gente. Si sabes que es española...; porque haya vivido siempre en París... Es una muchacha muy agradable y muy inteligente.

ISABEL. Perdona, perdona si te he molestado.

GONZALO. No digas tonterías. ¡Siempre lo mismo!

ISABEL. ¡Siempre lo mismo! ¡Pobre de mí!

GONZALO. Ahora hazte la víctima. Eres insoportable.

ISABEL. ¡Gonzalo! Está visto que no puedo hablar. No puedo callar tampoco.

GONZALO. Prefiero que hables, que hables siempre, y nunca con medias palabras ni con reticencias. ¿Si sabré yo por qué te molesta esa muchacha? Porque ya creíste también que me gusta; crees que me gustan todas las mujeres.

ISABEL. Todas, no.

GONZALO. Tendré que ser un grosero para que vivas tranquila; no podemos recibir más que a Laura...; es la única que te inspira confianza.

ISABEL. Sí, Laura, de esa no te enamoras; es sólo ella la que está enamorada de ti.

GONZALO. Una leyenda...

ISABEL. Que yo prefiero a muchas historias.

GONZALO. ¡Muchas historias! Don Juan Tenorio. ¡Si conmigo no hay mujer segura!... No adviertes que te pones y me pones en ridículo con tus celos; debes pensar que ya no somos niños. Yo no lo era cuando nos casamos; viudo desde muy joven, con una hija ya mujer; de modo que no pudiste creer que buscaba en ti, como otros viudos con hijos, una institutriz de confianza. Si hubiera tenido ese corazón tan volandero y tan fácil que tú me otorgas, no hubiera vuelto a casarme. ¿Quién me obligaba?

ISABEL. Es que nunca reparaste en nada para conseguir lo que te propones.

GONZALO. ¿Y qué?

ISABEL. Conmigo no había otro medio.

GONZALO. Pero a ti te quedaba otro si creías eso; mandarme a paseo.

ISABEL. Creí que me querías.

GONZALO. ¡Que te quería! No te quiero, ¿verdad?

ISABEL. Sí me quieres; ¡es tan fácil quererme!...

GONZALO. ¡Qué bonito y qué simpático es el papel de víctima!

ISABEL. No lo sé; sé que es muy triste, y más triste procurar con todas mis fuerzas no parecerlo. Tienes una disculpa, la única. Haces el daño sin saber que lo haces.

GONZALO. Sí, acabaré por creerlo. Soy un monstruo, un tirano. El genio del mal. Este pobre y pacífico burgués, sólo preocupado de sus negocios, de su casa, de su mujer, de mi hija, mis únicos cariños.

ISABEL. De mí, no digo; sé a qué atenerme. ¿De tu hija? Nuestra; porque sabes que no la querría más si fuera también mía... ¿A que juzgas, como de mí, que debiendo ser muy dichosa se aficiona demasiado al papel de víctima?

GONZALO. ¿María Antonia? ¡Estaría gracioso! Se habrá contagiado... No, si tú eres capaz...

ISABEL. No, Gonzalo; no soy yo, no es ella, sois vosotros, los hombres, que sois como Dios os ha hecho, o el mundo en que vivimos, o... ¡qué sé yo!, la ley que habéis hecho vosotros tan tolerante para vuestras faltas como severa para las nuestras.

GONZALO. Vamos a elevar la discusión a principios filosóficos y sociales... ¡Ea!, voy a vestirme. No quiero ponerme de peor humor.

ISABEL. Está bien. ¿No quieres saber nada de tu hija?

GONZALO. Pero ¿qué voy a saber? Que está quejosa de su marido, como tú lo estás siempre de mí, y con el mismo fundamento... ¡Pobre Pepe!

ISABEL. Conste que María Antonia tiene razón, y conste que, sabiéndolo yo, te lo digo a ti sólo; a ella, aunque tú creas lo contrario, le digo lo mismo que tú dices: que no tiene importancia; que Pepe no es mejor ni peor que otros maridos; que no debe estar triste ni considerarse desgraciada...

GONZALO. ¿Tú le dices eso a María Antonia? Me cuesta trabajo creerlo.

ISABEL. Sí, se lo digo y procuro convencerla; porque María Antonia no es como yo; es muy exaltada, no se resigna; además, no quiere a su marido como yo te quiero; se casó sin reflexionar, enamorada de otro hombre...

GONZALO. Con quien pudo casarse; nadie se oponía a ello. ¿Por qué rompió de pronto sus relaciones con Enrique? Yo no me lo he explicado todavía. Su madre y tú anduvisteis de cabildeos; María Antonia, de la noche a la mañana, dijo que ya no le quería; el muchacho se fue de Madrid... ¡Cualquiera entiende a las mujeres!

ISABEL. Te lo dije; la única disculpa que tienes es la inconsciencia. ¿Para ti no había obstáculo alguno que se opusiera a la boda de tu hija con el hijo de Carmen?

GONZALO. Ya..., como tú supones que yo tuve relaciones con Carmen... Te lo dije todo...; fue antes de casarnos, antes de enviudar.

ISABEL. Es un consuelo. Sí, lo sé todo. ¡Carmen es mi mejor amiga! Ha llorado mucho su falta, y su confesión ha sido más general y más sincera que la tuya. Por eso mismo, porque su conciencia no estaba tranquila, me lo confesó todo, rogándome, por lo más sagrado, que hiciera lo posible por que María Antonia olvidara a Enrique; como ella, por su parte, haría todo lo posible para convencer a su hijo...

GONZALO. ¿Es que ella cree...?

ISABEL. Bastaba con dudarle. Ya ves cómo, contra vuestras leyes y vuestro criterio, la falta del hombre y la de la mujer tienen las mismas consecuencias. En vuestras aventuras de amor, los hombres tenéis derecho a dudar cuáles son vuestros hijos; la mujer debe temer que puedan ser esposos los que pu-



dieran ser hermanos... ¿Comprendes, comprendes cómo tu hija puede ser desgraciada por tu culpa? ¿Cómo también vuestros pecadillos, vuestras ligerezas, tienen importancia? Y perdona que te haya dicho todo esto, que me había propuesto callar siempre...; pero es que temo por tu hija...; es que no quisiera, y sin poderlo remediar, de tarde en tarde, dejo hablar a mi corazón porque temo; sí, temo que interpretes mi resignación por indiferencia, porque yo estoy segura que tú supieras cómo destrozabas mi corazón cada vez que leo en ti..., porque lo veo..., en disimular no eres muy hábil, tienes la alegría insolente, una nueva traición, una nueva aventura..., no serías capaz de martirizarme. Pero eres así: si no oyes la queja, no piensas que hiciste el daño; si no me vieras llorar, no creerías nunca que mi vida es muy triste...

GONZALO. (*Emocionado.*) ¡Isabel!... ¡Isabel!... Bien está. ¿Sabes que nos disponemos para recibir con agrado a esa gente?

ISABEL. Tienes razón; si yo no quisiera molestarte nunca con mis quejas; pero en estos días he sufrido tanto...

GONZALO. ¿En estos días? ¿Por qué?

ISABEL. Bien lo sabes. ¿Crees que estoy ciega? ¿Que no advierto tus preocupaciones?

GONZALO. Mis asuntos..., los negocios... ¡Qué tontería!

ISABEL. No; para los negocios eres muy sereno; tus preocupaciones no cambian tu carácter por días, por momentos. ¡Si te quiero demasiado para no adivinar en seguida tu mal humor cuando aparentas más alegría; tu alegría, cuando quieres parecer más serio!...

GONZALO. ¡Tu imaginación!... ¡Claro! Conocías mi vida pasada de soltero...

ISABEL. De casado.

GONZALO. Me casé muy joven...

ISABEL. De viudo.

GONZALO. Enviudé muy pronto...

ISABEL. Tu vida de siempre.

GONZALO. ¡De siempre! Desde que me casé contigo, ¿qué puedes decir?

ISABEL. No hablemos, Gonzalo; no hablemos de eso. Si proponiéndome no averiguar nada; si cerrando ojos y oídos a la evidencia he visto tanto y he averiguado tanto... ¿por qué me pides cargos que no puedes rechazar sin mentir? ¡Y sabes que para mí no hay nada tan odioso como la mentira!

GONZALO. Pero ¿te he mentido alguna vez? ¿Por quién has sabido siempre cualquiera de mis tonterías?

ISABEL. Por ti; estamos conformes; pero no por tu lealtad, por tu imprudencia.

GONZALO. Ser imprudente es un modo de ser leal. (*Entra el CRIADO.*)

CRIADO. Con permiso. En el Casino he recogido estas cartas para el señor. (*Sale.*)

GONZALO. Circulares, anuncios... ¡Hombre! Ésta es de Aguirre, excusándose, a su vez, de no comer conmigo, como habíamos acordado. ¡Me luzco si voy!

ISABEL. Sí; te luces...

GONZALO. ¿Y ésta? ¿De quién es ésta? ¡Ah, sí!... Vaya, ¿quieres leerlas todas? Ahí las tienes. ¡Léelas, léelas!...

ISABEL. Muchas gracias. Dije que eras imprudente; pero no tonto. Ya sé que tu correspondencia no tiene nunca nada de particular. Pero yo tampoco me tengo por tonta, y sé que para dar un aviso o una contraorden no hay que comprometerse escribiendo cartas... Para mí, todas esas misivas tienen el mismo crédito; lo mismo la del sastre que te anun-

cia los géneros nuevos para la presente estación, que el besalamano de la Presidencia del Consejo, recomendándote la puntual asistencia a una votación...

GONZALO. ¡Qué celos más graciosos! Sí, en el fondo me encantan y me halagan; a mi edad, cuando me advierto cada día más viejo, física y espiritualmente, decir que todavía me consideras capaz de enamorar...

ISABEL. De enamorarte, que no es lo mismo. No seas vanidoso; la vanidad te pierde, como a todos los hombres. ¡Claro!, desde muy joven, todos fueron a celebrar al señorito mal criado; los papás, la familia, los amigos, las cotorronas amigas de la casa. ¡Qué bonita figura! ¡Qué simpático!... Y así dieron alas al caballero... Era yo una chiquilla, y ya me mandaban salir de las visitas cuando contaban tus aventuras.

GONZALO. Pero tú te quedabas a escucharlas detrás de la puerta.

ISABEL. Y me causaban tal horror, que por ti llegué a odiar a todos los hombres.

GONZALO. Menos a mí, por lo visto; porque antes de casarme te hice el amor.

ISABEL. Y te di calabazas.

GONZALO. Es verdad. Y que fueron tremendas. Pero no pude olvidar, y tú tampoco debías de haberme olvidado, porque no tuviste otro novio.

ISABEL. Fui tan tonta como todo eso.

GONZALO. No es tan fácil olvidarme.

ISABEL. Pero ¡qué loca vanidad! ¡Ay, qué ganas tengo de verte calvo, lleno de canas, con tu respetable panza, con tus patas de gallo!... ¡Cuidado que se lo pido a Dios!; pero nada: el demonio te ha tomado por su cuenta, y el caballero con sus cuarenta y...

GONZALO. ¡Calla, calla!

ISABEL. Anda engañando al mundo todavía... Por supuesto, el pelo y el bigote..., ¿eh?

GONZALO. Te juro que no...; ¡frota, frota!...

ISABEL. La perfumería ha progresado mucho. Yo daré con el secretito. Ese color natural sería un insulto.

GONZALO. ¿De veras te alegrarías de verme viejo?

ISABEL. Me alegraría de que ya no pudieras gustar a ninguna mujer; de que se burlaran de ti cuando te atrevieras a presumir; que pudiera yo decir por fin: ¡gracias a Dios, es mío; sólo mío!

GONZALO. Pero ¿de quién soy?... ¿Qué mujer ha podido llamarme suyo como tú, por completo, ante Dios, ante el mundo, en mi corazón?... ¡Sólo tú, mi Isabel!... *(La besa.)*

ISABEL. ¡Si no sabes cuánto te quiero; si no sabes cuánto me atormentas!

## ESCENA II

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE

PEPE. ¡Bravo, bravo!... ¡Muy bien!

GONZALO. ¡Hola, hola!

ISABEL. ¡María Antonia! ¿Cómo estás?

MARÍA ANTONIA. ¡Isabel!

PEPE. Si venimos a interrumpir... Continúen ustedes, continúen ustedes.

GONZALO. Ya lo veis; el mejor ejemplo. Conste que no os habíamos visto llegar; no estaba preparado. Nos habéis sorprendido, lo que se dice sorprendido; eso os probará que estos momentos de dicho-

sa intimidad no son tan raros en nuestra vida. Sería mucha casualidad que llegarais a punto de presenciar uno si fueran tan raros. Creedme, hijos míos: fuera del matrimonio, de la familia, no hay verdadero cariño, no hay nada; esta es la única, la verdadera felicidad.

MARÍA ANTONIA. Hoy está papá de buen humor.

ISABEL. (*Bajo a MARÍA ANTONIA.*) Desde hace un instante; desde que recibió unas cartas; por fortuna, era el último correo, el del Casino.

MARÍA ANTONIA. ¡Pobre Isabel! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

ISABEL. Yo, no. ¡Qué tontería! ¿Seguimos así?

MARÍA ANTONIA. ¡Ya te contaré!

GONZALO. Oye, Pepe. Tenemos que hablar muy seriamente.

PEPE. Cuando quieras.

GONZALO. Ya tendremos ocasión. Oye, ¿en qué piecici-lla trabaja esa muchacha de que me hablaste? Porque fui al teatro la otra noche, por casualidad, y no vi nada que valiera la pena.

PEPE. Ha estado unos días sin trabajar; estuvo despedida de la compañía por un disgusto con el director, muy justificado; le está repartiendo un trabajo imposible; todo porque él tiene que ver con la Vélez, que canta como un gato y se viste...

GONZALO. ¿Se viste? No hará fortuna.

PEPE. La otra, en cambio, es una monada. El público va por ella; un éxito cada obra; tiene no sé qué..., ¿sabes?, mucho saliente, mucha personalidad...

GONZALO. ¡Calla, calla! Pareces una mamá de tiple.

PEPE. ¿Era de eso de lo que tenías que hablarme?

GONZALO. No; ¡qué disparate! Son cosas serias, algo que me ha dicho Isabel. Ya te lo diré. ¿Dices que ya trabaja esa chica?

PEPE. Sí, todas las noches; a segunda y cuarta; en «La Liga de las mujeres» y en «La corazoná», las obras de la temporada.

GONZALO. ¿Tú vas todas las noches?

PEPE. Todas, no; cuando no voy a otra parte.

GONZALO. Sí; pero nunca vas a otra parte. Haces muy mal; a las mujeres les asustan mucho las aventuras de teatro; luego, todo el mundo se entera...; los teatros no han sido nunca mi género; no se los aconsejo a nadie.

MARÍA ANTONIA. ¿Qué hablará papá con ése?

ISABEL. Le estará riñendo; ya le he dicho yo algo.

MARÍA ANTONIA. ¿A papá? ¡No, por Dios!, no le digas nada; dirá que soy muy tonta.

ISABEL. Si no tuvieras razón, lo serías; aun teniéndola, haces mal en atormentarte, y mucho peor en atormentar a tu marido.

MARÍA ANTONIA. No le atormentaré mucho, te lo aseguro.

ISABEL. ¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

MARÍA ANTONIA. Yo no me he casado para sufrir desprecios ni humillaciones de mi marido.

ISABEL. Pero ¿ha ocurrido algo más grave?

MARÍA ANTONIA. Hoy mismo, sin ir más lejos.

ISABEL. ¡Calla!

MARÍA ANTONIA. No; ya verás...

PEPE. Bueno, chiquilla; te dejo para volver cuanto antes; si es que por fin puedo volver, como quisiera.

ISABEL. ¡Ah! Pero ¿no sabes si vas a volver? ¿No comes con nosotros?

MARÍA ANTONIA. No.

PEPE. Digo que haré lo posible.

MARÍA ANTONIA. Déjate de farsas. Demasiado sabes que no.

PEPE. ¡María Antonia!

GONZALO. No seas así. Nada tiene de particular. Yo mismo he estado también a punto de no poder comer con vosotras. Las mujeres creéis que los hombres podemos sujetar nuestra vida a vuestras combinaciones. Formáis planes a plazo fijo y a largo plazo: el teatro, para tal día; la comida, para tal fecha; pero uno no puede estar pendiente de esas menudencias. El caso es que sois las primeras en reprendernos si dejamos de atender a nuestros asuntos y a nuestras relaciones, y al mismo tiempo queréis tenernos en casa, a vuestra disposición, cuando os conviene; sois incomprensibles, verdaderamente incomprensibles.

MARÍA ANTONIA. Sí; somos muy raras las mujeres. No hay quien nos entienda. Desde el lunes sabía de sobra que hoy debíamos comer aquí, y precisamente para hoy...

PEPE. ¿Quieres que no vaya? Corriente; no iré, no voy.

MARÍA ANTONIA. Irás; vaya si irás; ahora soy yo quien lo desea. No tengo gana de verte con mala cara toda la noche.

PEPE. Sí, que tú, vaya o no vaya, tendrás que ver en unos días.

MARÍA ANTONIA. ¡Si yo pongo mala cara por cualquier cosa!

PEPE. ¡Si yo doy a cada paso motivo para que la pongas!...

ISABEL. Pero ¡por Dios! ¡Qué chiquillos!

PEPE. Antes de salir podías haber anunciado que traías preparada esta escena.

MARÍA ANTONIA. En marchándote se ha concluido. Cuanto más pronto... Y si me hubieras dejado venir sola como yo quería, se hubiera evitado.

PEPE. Es que me importa mucho que Isabel y tu padre no crean...